

mañana tomar su vuelo y volver a la tarde, con las alas caídas, como grandes pájaros heridos que regresan al nido.

La sociedad de Magdala, aunque poco numerosa, es bastante escogida, y nada austera de costumbres. Claro está que nos faltan los espectáculos de Roma, y que siempre echamos de menos el Foro, el Campo de Marte, las Termas, los teatros y el Circo. Pero los placeres de nuestra refinada civilización me habían absorbido demasiado, y no me disgusta volver a entrar aquí en posesión de mí mismo. En esta atmósfera de Oriente, renovada sin cesar por los efluvios del desierto, empiezo a recobrar de nuevo mi libertad.

Por otra parte, este país y este pueblo me interesan sobremedida, y aunque más antiguos que Roma, a mí me parecen más jóvenes.

La civilización nos ha envejecido antes de tiempo. Apenas contamos seis o siete siglos de existencia, mientras que la del pueblo judío es doble, y eso no obsta para que su fe y sus creencias estén todavía muy vivaces cuando las nuestras, agostadas, van a morir.

El pueblo parece aquí, como la naturaleza que le rodea, dotado de eterna juventud. ¿Y cómo ha de envejecer cuando su delicioso mar interior, su cielo, sus montañas, sus bosques, su río sagrado (el Jordán), permanecen siempre los mismos, y sobre todo cuando ha sabido conservar la invencible esperanza de un gran porvenir, con los candores, la inocencia y las ilusiones de la infancia?

Bien lo prueba lo que aquí sucede desde hace un año. No se oye hablar por todas partes más que de predicaciones, de profecías, de un Mesías esperado desde hace siglos, y que parece ha llegado al fin para redimir a su pueblo y restaurar el reino de Israel.

Desde mi llegada supe que un gran profeta, llamado Juan, predicaba a las multitudes en el desierto, y las bautizaba en las aguas del Jordán. Ahora se habla de otro profeta, mayor que el primero, que enseña en las sinagogas, que cura a los enfermos y a los lisiados, y devuelve la vista a los ciegos y el habla a los mudos.